

# INICIACIÓN CRISTIANA, EUCARISTÍA Y UNIDAD DE LA IGLESIA

JOSÉ R. VILLAR

## INTRODUCCIÓN

Se ha hecho ya clásico expresar la relación entre Eucaristía e Iglesia con las palabras de H. de Lubac: «la Eucaristía hace la Iglesia, y la Iglesia hace la Eucaristía». Se trata de una fórmula que resume el necesario equilibrio con que hay que comprender la relación del Misterio eucarístico con la Iglesia.

Como se sabe, la dimensión eclesiológica de la Eucaristía ha sido uno de los aspectos importantes de la enseñanza del Concilio Vaticano II, aunque siempre ha estado presente, de una u otra manera, en la vida y enseñanza de la Iglesia. Por su parte, la teología de la Eucaristía solía tratar principalmente las cuestiones de la presencia real-sustancial de Cristo en el sacramento y el carácter sacrificial de la Misa. Al tratar de la comunión eucarística se hacía una breve referencia a su efecto eclesial, la unidad del Cuerpo místico de Cristo como *res tantum* de la Eucaristía.

La teología del siglo XX ha profundizado en el patrimonio bíblico, patrístico y teológico en torno a la relación entre Eucaristía e Iglesia, con consecuencias para la eclesiología y las relaciones ecuménicas<sup>1</sup>. La visión de la Eucaristía como memorial sacramental de la Pascua del Señor, en el que se hace

---

1. Algunos hitos en la aproximación histórica a nuestro tema son W. ELERT, *Abendmahl und Kirchengemeinschaft in der alten Kirchen*, Berlin 1957; L. HERTLING, *Communio und Primat*, en «Miscellanea Historiae Pontificae» 7, Roma 1943; *Communio, Chiesa e Papato nell'antichità cristiana*, Roma 1961; P. M. GY, *Eucharistie et «ecclesia» dans le premier vocabulaire de la liturgie chrétienne*, en «La Maison-Dieu» 130 (1977) 19-34. En perspectiva histórico-dogmática H. DE LUBAC, *Corpus mysticum. L'Eucharistie et l'Église au Moyen Age. Étude historique*, Paris 1944.

presente el misterio de la salvación, ha llevado a ver la Iglesia no tanto como una sociedad religiosa que celebra ritos externos de culto, sino ante todo como la comunidad que se edifica y vive del sacrificio de Cristo operante por su Espíritu. La Iglesia-Cuerpo de Cristo vive de su «continuidad» con el Cuerpo eucarístico del Señor. Se advierte también el paso, la relación y diferencia, del Cuerpo eucarístico de Cristo resucitado a su «cuerpo eclesial», y el significado de la liturgia eucarística como celebración de Cristo y su Iglesia.

En estas páginas no queremos volver sobre un tema ya tratado con amplitud en las últimas décadas, y sobre el que poco podría añadirse<sup>2</sup>. Nos parece oportuno, en cambio, situar el Misterio Eucarístico en el marco más amplio de la Iglesia que se edifica y vive por «la fe y los sacramentos de la fe», es decir, según un dinamismo en cuyo interior se sitúa, como momento central, la Eucaristía. De este modo, evitaremos un aislamiento de la relación entre la Eucaristía y la Iglesia. Una presentación adecuada de la «eclesiología eucarística» no debería partir precipitadamente de la relación entre Eucaristía e Iglesia sin atender previamente —quizá al darlos por supuestos— a otros elementos y conexiones necesarias<sup>3</sup>. Por este motivo, comenzaremos por el itinerario sacramental de la Iniciación cristiana y su relevancia eclesiológica (I), y sólo después abordaremos la dimensión eclesial de la Eucaristía. Podrá advertirse entonces en qué condiciones la Eucaristía es sacramento de la Iglesia y de su unidad (II).

## I. LA EUCARISTÍA EN LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN: LA PLENITUD DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

La Iniciación sacramental comienza con el Bautismo (que supone la *recta fides*<sup>4</sup>) y la Confirmación. Ambos sacramentos disponen para la incorporación

---

2. La bibliografía sobre «Eucaristía e Iglesia» es inmensa. Por ceñirnos sólo a la enseñanza conciliar puede consultarse B. FORTE, *La Chiesa nell'Eucaristia: per un'eclesiologia eucaristica alla luce del Vaticano II*, D'Auria, Napoli 1988; A. THALER, *Gemeinde und Eucharistie. Grundlegung einer eucharistischen Ekklesiologie*, Freiburg 1988; y los trabajos de A. TOURNEUX, *L'affirmation progressive du lien entre l'Église et l'eucharistie*, en «Questions Liturgiques» 69 (1987) 1-25; *L'Évêque, l'Eucharistie et l'Église locale dans Lumen gentium* 26, en «Ephemerides Theologicae Lovaniensis» 64 (1988) 106-141; *Église et Eucharistie à Vatican II*, en «Nouvelle Revue Théologique» 112 (1990) 338-355; *Vatican II et l'Eucharistie*, en «Questions Liturgiques» 71 (1990) 81-98.

3. En este sentido, hay que prestar atención a la trascendencia eclesiológica del Bautismo. A. GONZÁLEZ MONTES, *Ecclesiologia baptismale e ecclesiologia eucaristica*, en «Studi Ecumenici» 10 (1992) 63-94.

4. Cfr. S. Th., 3, q. 68, a. 8 ad 2. La palabra «fe» puede entenderse de maneras diversas (fe del sujeto, del ministro, de la Iglesia; *fides quae*, *fides qua*...). En estas páginas nos

*perfecta* a la vida en Cristo por la Eucaristía. El Bautismo otorga la nueva vida de hijos en el Hijo, Jesucristo. La Confirmación fortalece la vida de Cristo en el cristiano con el Don del Espíritu Santo. La Eucaristía, en fin, es participación en el sacrificio de Cristo, que es ofrenda al Padre del culto perfecto, y también el alimento de la vida eterna, anticipación salvífica del Banquete celestial: «si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53)<sup>5</sup>. La tradición ha llamado a los tres sacramentos de la Iniciación los *mysteria paschalia*, *mysteria* por excelencia, en los que se realiza la consagración cristiana y la configuración plena a Cristo. En los tres recibimos correlativamente el Ser, el Movimiento y la Vida<sup>6</sup>. Confieren la dimensión total, la «perfecta estatura en Cristo»; insertan en Cristo y, por tanto, en el misterio de la Iglesia que es su Cuerpo<sup>7</sup>.

La Iniciación sacramental configura la vida de Cristo e introduce en la historia de la salvación. Cada sacramento prepara al siguiente realizando en el cristiano lo que se realizó en Jesús. Cristo fue constituido en su ser divino-humano en la Encarnación. Es ungido por el Espíritu para la misión mesiánica en el Jordán. En fin, se ofrece al Padre en la Cruz. Los sacramentos de la iniciación son la actualización de estos acontecimientos: los cristianos son constituidos en la condición de hijos de Dios en Cristo en el Bautismo; participan de su misión mesiánica en la Confirmación, y ofrecen al Padre por Jesucristo el culto perfecto en el Sacrificio eucarístico. La iniciación cristiana introduce así en la historia salvífica en la que el Padre envía al Hijo al mundo, quien da el

---

referimos a la *fides Ecclesiae* con la que debe coincidir la fe del sujeto, la *recta fides* necesaria para el Bautismo. El hombre se prepara al Bautismo con los actos de fe, movido por las gracias actuales; y con el Bautismo recibe el hábito de la fe-virtud, que es efecto de la infusión de la gracia bautismal. Hay así una fe que *prepara* al Bautismo (como disposición y cooperación al efecto de la gracia bautismal), y una fe que es *fruto* del Bautismo que perfecciona la primera. La fe que prepara supone ya la fe dogmática en la eficacia salvadora del Bautismo (cuya consecuencia es la fe-confianza en la acción de Dios en el sacramento), y por ello la celebración del Bautismo es una *professio fidei*. En el caso del Bautismo de los niños, esta *professio fidei* la realiza la Iglesia. En el caso de los adultos su *professio* ha de ser participación subjetiva en la *recta fides Ecclesiae*.

5. Este proceso sacramental lo resume así el Catecismo de la Iglesia Católica: «Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor» (n. 1322).

6. En esos términos describe la dinámica cristiana el célebre Nicolás CABASILAS, *La Vida en Cristo*, Madrid 1999.

7. Para una abundante documentación patrística y de la teología oriental, vid. G. SAVA-POPA, *Le Baptême dans la tradition orthodoxe et ses implications oecuméniques*, Fribourg 1994, esp. chap. 4: «Le Baptême dans son rapport avec la Chrismation et l'Eucharistie», pp. 147-195.

nuevo ser, fruto de su Pascua (Bautismo). Es enviado el Espíritu Santo en Pentecostés para dar vida a la «nueva criatura» (Confirmación). La Eucaristía, finalmente, es representación sacramental de la Pascua del Señor. El cristiano recibe el nuevo ser de la Muerte y Resurrección del Señor; recibe también el actuar por el Espíritu de Pentecostés —que es don de la Cruz y la Resurrección—, y se ofrece con Cristo insertándose plenamente en el Sacrificio pascual por la manducación de su cuerpo ofrecido.

Los tres sacramentos forman un conjunto unitario ordenado: son distintos, pero teológicamente relacionados (aunque se distancie su celebración ritual en el tiempo<sup>8</sup>). La unidad y el orden de la Iniciación sacramental refleja un dinamismo salvífico progresivo. En este sentido, la Confirmación perfecciona al Bautismo, y la Eucaristía a ambos. Bautismo y Confirmación se mueven en el orden de la ontología cristiana (sacerdocio común cristiano) que tiende hacia su fin propio, que es la Eucaristía: tener la Vida. Por su parte, la Eucaristía, presupone la Iglesia ya constituida: por su «carácter» sacramental el Bautismo y la Confirmación causan la pertenencia a Cristo, otorgan la consagración para el culto, y en definitiva la constitución del Pueblo sacerdotal orgánicamente estructurado con el sacerdocio ministerial para celebrar la Eucaristía. Podemos observar más detalladamente este dinamismo.

## 1. *Bautismo y Confirmación*

La dualidad, la unidad y *taxis* (orden) de Bautismo-Confirmación es consecuencia de la dualidad, unidad y orden de las misiones del Verbo y del Espíritu Santo para realizar conjuntamente la salvación (las «dos manos del Padre», según la conocida expresión de san Ireneo).

---

8. El documento de la Conferencia Episcopal Española de 27 de nov. de 1999 sobre «La Iniciación cristiana» dice, en su n. 46, que «el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía guardan entre sí una íntima unidad (...) se ordenan entre sí para llevar a su pleno desarrollo a los fieles (...) expresan la unidad del Misterio pascual, el vínculo entre la misión de Hijo y la infusión del Espíritu Santo, y la conexión entre el Bautismo y la Confirmación». Más discutible resulta la alteración del orden tradicional, problema especialmente sentido en las relaciones entre católicos y ortodoxos: cfr. P. RODRÍGUEZ, *El diálogo teológico de la Iglesia Católica con las Iglesias ortodoxas*, en «Diálogo Ecueménico» 26 (1991) 235-262, especialmente pp. 246-249. Sobre el tema cfr. M. MACCARONE, *L'unità del battesimo e della cresima nelle testimonianze della liturgia romana dal III al XVI secolo*, en «Lateranum» 51 (1985) 88-152; V. PERI, *I sacramenti dell'iniziazione cristiana. Usi liturgici propri delle Chiese ed unità della fede*, en «Studi Ecueménici» 3 (1985) 382-411.

En la Encarnación el Verbo asumió su humanidad que el Espíritu santifica en el seno de María, que concibe por obra del Espíritu. Hay en la Encarnación una asunción de su humanidad por el Verbo (unión hipostática), y una santificación o unción de su humanidad por el Espíritu, que constituyen a Jesús en su ontología divino-humana, y en la plenitud de gracia de la que todos recibimos (su gracia capital). En el Bautismo del Jordán, al comienzo de su vida pública, el Verbo encarnado entra en el agua, ora al Padre, se abren lo cielos y reposa el Espíritu sobre El. Este «reposar» del Espíritu sobre Jesús significa que su humanidad es ungida por el Espíritu, ahora no tanto en orden a constituir su ontología humano-divina, sino en orden a su misión mesiánica. Podemos hablar así de una unción ontológica de la humanidad del Verbo en la Encarnación, y de una unción dinámica de la humanidad del Verbo en el Jordán. El Espíritu Santo interviene, pues, en la Encarnación y consagra para la misión<sup>9</sup>.

La Iglesia es constituida en su ser y recibe la vida nueva de la Pascua, esto es, de la muerte y resurrección del Verbo encarnado. En Pentecostés la comunidad de Jerusalén recibe la unción del Espíritu para la misión. También aquí las «dos manos» del Padre actúan sobre la humanidad nueva: el Hijo redentor por medio de su misterio pascual; y el Espíritu que desciende permanentemente sobre la Iglesia para hacer de ella el Cuerpo de Cristo. El Padre constituye de este modo a la Iglesia como Cuerpo de su Hijo resucitado, que vive por el Espíritu.

En cada cristiano se actualiza el misterio de la Pascua y de Pentecostés<sup>10</sup>. Constituido nueva criatura en el Bautismo, la Confirmación prolonga en el cristiano la unción de Pentecostés. «Modelado» como Cuerpo de Cristo en el Bautismo, se recibe el Soplo de vida en la Confirmación. La Confirmación asimila con una nueva consagración a Cristo-Ungido por el Espíritu. Es un perfeccionamiento de la imagen de Cristo como Mesías. La consagración y la gra-

---

9. Sobre la relación entre el Espíritu Santo y Jesús, vid. L. F. LADARIA, *Cristología del Logos y cristología del Espíritu*, en «Gregorianum» 61 (1980) 353-360; IDEM, *La unción de Jesús y el don del Espíritu*, en «Gregorianum» 71 (1990) 547-571; Y. CONGAR, *Pour une christologie pneumatologique*, en «Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques» 63 (1979) 435-442.

10. J. LÉCUYER estudió ampliamente esta actualización: cfr. *Pentecôte et Épiscopat*, en «La Vie Spirituelle» 86 (1952) 451-466; *Mystère de la Pentecôte et apostolicité de la mission de l'Église*, en AA. VV., *Études sur le sacrement de l'Ordre*, Paris 1957; *La confirmation chez les Pères*, en «La Maison-Dieu» 54 (1958) 23-52; *El sacerdocio en el misterio de Cristo*, Salamanca 1959; *Théologie de l'initiation chrétienne chez les Pères*, en «La Maison-Dieu» 58 (1959) 5-16. Vid. también I. DE LA POTTERIE, *L'Esprit Saint et l'Église dans le Nouveau Testament*, en «Credo in Spiritum Sanctum. Atti del Congresso Internazionale di Pneumatologia», Roma 1983, vol. II, pp. 791-808; L. BOUYER, *La Iglesia de Dios*, Barcelona 1973, pp. 371-397.

cia de la Confirmación es así una participación en la misión para la que Cristo fue consagrado. Ambos, Bautismo y Confirmación, son la realización sacramental en los cristianos de la dualidad y unidad de misión del Verbo y el Espíritu, asociados para la misma obra<sup>11</sup>.

El Espíritu Santo es dado ya en el Bautismo en orden a la constitución de la nueva vida (análogamente a como la humanidad de Jesús es santificada por el Espíritu en la Encarnación). La Confirmación otorga el Espíritu en orden a la misión (análogamente a como la humanidad del Mesías-Señor es ungida para la misión por el Espíritu Santo en el Jordán). Don pascual y don pentecostal: en ambos sacramentos hay una doble manifestación del Espíritu Santo, que hace partícipes del ser y de la misión del Hijo encarnado.

Bautismo y Confirmación reflejan la dualidad, unidad y el orden de las misiones del Hijo y del Espíritu. El Padre es quien unge y configura a Cristo, que es el Ungido; y lo hace por medio del Espíritu Santo, que es la Unción. Cristo y el Espíritu, unidos y asociados en la obra de la salvación, actualizan sacramentalmente Pascua y Pentecostés en la Iglesia y en el cristiano. Esto sucede en el Bautismo (en orden a la ontología de la condición cristiana) y en la Confirmación (en orden a la dinámica de la misión cristiana). Ambos sacramentos son así rememoración sacramental de la acción de Cristo y actualización de su obra por la fuerza (*virtus*) del Espíritu Santo: anamnesis y epiclesis para constituir el Cuerpo eclesial (Bautismo-Confirmación), como análogamente sucede en su Cuerpo eucarístico (narración-epiclesis)<sup>12</sup>. Vengamos al lugar de la Eucaristía en el proceso de iniciación cristiana y de edificación de la Iglesia.

## 2. La Eucaristía

a) La Eucaristía es principio unificador del orden sacramental. Por ser el memorial sacramental de la muerte y resurrección de Cristo se orienta a ella toda la historia de la salvación. La posición eminente de la Eucaristía se debe a su contenido: en el sacramento eucarístico se encuentra *ipse Christus* en ofrenda al Padre; en los demás sacramentos se contiene, en cambio, su fuerza, *virtus*, y

11. Cfr. L. SCHEFFCZYK, *Die Kirche und der Heilige Geist*, en IDEM, *Aspekte der Kirche in der Krise*, Siegburg 1993, pp. 52-68.

12. Cfr. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1991, pp. 655-656. Ha desarrollado esta cuestión P. M. PAGANO, *Espíritu Santo. Epiclesis. Iglesia: aportes a la eclesiología eucarística*, Salamanca 1998.

se ordenan a ella como a su fin. Ella, cabe decir, se ordena a sí misma, para ser celebrada actualizando la nueva alianza entre Dios y el hombre, centro de la obra redentora: Cristo se ofrece a sí mismo y a los hombres en representación real. Es comunión con el Sacrificio de Cristo ofrecido en la Cruz al Padre por la salvación del mundo. La Iglesia se inserta de este modo en el Sacerdocio de Cristo como ofrenda de los cristianos en su Sacrificio.

El plan salvífico del Padre se hace realidad en los signos sacramentales. Pero un sacramento no es otro, son distintos. Configuran a Cristo según determinados aspectos de su Misterio. El sol es el mismo, pero recibimos su luz de manera diversa. Así también la humanidad salvadora de Jesucristo alcanza al hombre por medio de los sacramentos de modos varios. Ahora bien, en cada sacramento se significa y realiza una realidad común a todos, que es la Pascua del Señor<sup>13</sup>. El misterio pascual actúa en cada uno de los sacramentos, y posibilita la muerte al pecado, el nacimiento a la vida nueva, el culto perfecto al Padre. La *res* a la que se ordenan los sacramentos es la salvación de la Cruz: los sacramentos se remiten al sacrificio de Cristo (signos rememorativos); hacen presentes sus frutos (signos representativos) y anuncian la plenitud (signos prefigurativos). Por esto, la tradición teológica ha subrayado la centralidad de la Eucaristía, memorial de la Pascua, en el organismo sacramental. Los sacramentos tienden a la Eucaristía, de ella alcanzan su virtud, y la Eucaristía incoa el misterio de comunión divina —esencia de la vida cristiana— que será consumado en el cielo.

b) Esta ordenación de los sacramentos a la Eucaristía sucede de manera propia en el caso del Bautismo. El Bautismo se ordena y prepara a la recepción de la Eucaristía. Además, junto con los efectos individuales, el Bautismo tiene una dimensión eclesial que interesa considerar ahora<sup>14</sup>.

1º La fe y el Bautismo (y la Confirmación), junto con la acción del sacerdocio ministerial, constituye el Pueblo de Dios como comunidad visible de fe y de culto, como comunidad sacerdotal «organice exstructa» (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11), para celebrar la Eucaristía. La celebración del Sacrificio

13. Cfr. S. MARSILI, *I segni del mistero di Cristo*, Roma 1987, 127-129.

14. Cfr. para lo que sigue P. RODRÍGUEZ, *La eucaristía en perspectiva ecuménica*, en IDEM, *Iglesia y ecumenismo*, Madrid 1979, 300-392. La teología de Santo Tomás es un precioso patrimonio sobre la Eucaristía y la Iglesia: cfr. A. M. ROGUET, *L'unité du Corps mystique dans la charité, «res sacramenti» de l'Eucharistie*, en «La Maison-Dieu» 24 (1950) 20-45; F. MARTÍNEZ, *La Eucaristía y la unidad de la Iglesia en Santo Tomás de Aquino*, en «Studium» 9 (1969) 377-404; J. TÍ TÍ CHEN, *La unidad de la Iglesia según el comentario de Santo Tomás a la epístola a los Efesios*, en «Scripta Theologica» 8 (1976) 111-232.

y la comunión eucarística *presuponen* la Iglesia ya constituida por la fe y el Bautismo, y estructurada por el ministerio de sucesión apostólica. Así se constituye la Iglesia como *sacramentum* en orden a la celebración de la Eucaristía. Por eso la Eucaristía no es el primer sacramento sino que culmina la Iniciación.

2º Bautismo y Eucaristía incorporan al Cuerpo de Cristo según su modo propio. El Bautismo es el sacramento de la incorporación incoada al Cuerpo, y la Eucaristía es el sacramento de la incorporación consumada en el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia. La diferencia, pues, entre la incorporación bautismal y la incorporación eucarística a la Iglesia es la que existe entre lo incoado y lo consumado<sup>15</sup>. La incorporación por el Bautismo a la Iglesia es pertenencia incoada al Cuerpo de Cristo para llegar a ser plenamente Cuerpo de Cristo, que es la *res* de la Eucaristía. En la Eucaristía, por tanto, no se constituye *ex novo* la Iglesia y la ontología cristiana, sino que ella lleva a la plena realización la incorporación por la fe y el Bautismo<sup>16</sup>.

c) Es santo Tomás quien explica otro aspecto de la relación del Bautismo con la Eucaristía: «La Eucaristía es el sacramento de la caridad, como el Bautismo lo es de la fe»<sup>17</sup>; «el Bautismo se llama *sacramentum fidei* porque la fe es el fundamento de la vida espiritual. La Eucaristía, en cambio, se llama *sacramentum caritatis* porque la caridad, según san Pablo (Col 3,14), es el vínculo de la perfección»<sup>18</sup>. Y así como la fe se ordena a la caridad (a la *fides formata*, y la *spes formata*), el Bautismo, sacramento de la fe, se ordena a la Eucaristía, sacramento de la caridad, como su plenitud: la *res tantum* de la Eucaristía es la comunión final con Dios en Cristo en el cielo, anticipada como alimento de peregrinos en el régimen de la fe y los sacramentos de la Iglesia<sup>19</sup>. Ahora bien,

15. «El Bautismo es el principio de la vida espiritual y la puerta de los sacramentos. La Eucaristía, en cambio, es como la cumbre de la vida espiritual (*quasi consummatio*) y el fin de todos los sacramentos... De ahí que la recepción del Bautismo sea necesaria para incoar la vida del espíritu, y la recepción de la Eucaristía lo sea para consumarla» (3, q. 73, a. 3).

16. «L'appartenance à l'Église est faite par le baptême. Nous apprécions aujourd'hui l'ecclésialité d'une "communion" chrétienne en référence surtout à l'Eucharistie, qui suppose le sacrement de l'Ordre, et donc la "succession apostolique" dans le ministère. Il semble que, dans l'antiquité, cette ecclésialité était envisagée plutôt en référence au baptême. Mais il est vrai que celui-ci était immédiatement suivi de la communion eucharistique» (Y. CONGAR, *Unis dans le baptême, désunis dans l'Eucharistie?*, en «Nicolaus» 9 [1981] 249).

17. 3, 74, a. 4, arg. 3.

18. 3, q. 73, a. 3 ad 3.

19. La unidad consumada con Cristo en la Eucaristía es la máxima que se da *in via*. En realidad, la unidad consumada última se dará *in patria*, y aquí todo está en régimen de incoación. Pero en la Eucaristía hay ya una presencia de lo definitivo que permite hablar de *consummatio in via* (cfr. P. RODRÍGUEZ, *cit.* en nota 14, 343-345).



el Bautismo, junto con el carácter sacramental (*res et sacramentum*), otorga la gracia santificante, y hace miembros vivos del Cuerpo de Cristo, unidos a Dios por la caridad. Surge entonces la cuestión: ¿qué tiene de propio la Eucaristía como fuente de gracia, si ya por el Bautismo y la gracia santificante se es miembro *vivo* del cuerpo de Cristo? ¿no es también el Bautismo sacramento de la caridad y de la gracia?

Ciertamente el Bautismo confiere la gracia santificante y hace vivir en la caridad. Pero toda gracia santificante es efecto de la recepción, al menos espiritual, de la Eucaristía ya que la comunión perfecta de Dios con los hombres («tener la Vida») se da como fruto de la manducación del Cuerpo de Cristo. El Bautismo concede la gracia y la unión con Dios, propia de la caridad, porque en el Bautismo hay un deseo objetivo de la Eucaristía, *votum Eucharistiae*, que anticipa sus efectos (análogo a como el Bautismo de deseo anticipa los efectos del Bautismo sacramental): «Este sacramento (la Eucaristía) tiene *ex se ipso* —precisa santo Tomás— la virtud de conferir la gracia: y no hay nadie que pueda tener la gracia antes de recibirlo, a no ser *ex aliquali voto ipsius*, por un cierto voto o deseo de la Eucaristía»<sup>20</sup>. Esto significa que la recepción, al menos espiritual, de la Eucaristía es necesaria para la salvación. Ciertamente el Bautismo es suficiente para la salvación, pero la manducación del cuerpo del Señor es necesaria para «tener la Vida». Sucede que quien recibe el Bautismo, recibe también *in voto* la gracia de la Eucaristía.

Esta «forma eucarística» de la gracia bautismal (y sacramental en general) pide alguna aclaración ulterior. La Eucaristía es uno de los siete sacramentos, con su modo propio de conferir la gracia, por modo de alimento y nutrición. Los demás sacramentos confieren también la gracia según su modo propio; gracia que es siempre sanante porque es a la vez vivificante/elevante. Pues bien, en cuanto gracia sanante, cada uno realiza este efecto de sanación según su signo sacramental particular; ahora bien, en cuanto es gracia vivificante, esa gracia es siempre «eucarística». Aplicado al Bautismo esto significa que, de una parte, tiene como propio incorporar a Cristo y la Iglesia mediante el carácter sacramental; y, de otro lado, incorporar a Cristo y la Iglesia mediante la gracia: esta vivificación la hace lavando del pecado; es gracia sanante. Pero tal sanación es posible porque es también gracia vivificante, elevante<sup>21</sup>. Pues bien, en cuanto vivificante-elevante la gracia del Bautismo tiene una formalidad eucarística, porque lo propio de la Eucaristía es «dar la Vida». La *res* del Bautismo es la vida,

20. 3, q. 79, a. 1 ad 1.

21. Cfr. E. SAURAS, *¿En qué sentido depende de la Eucaristía la eficacia de los demás sacramentos?*, en «Revista Española de Teología» 7 (1947) 303-336.

sí; pero justamente por eso es «eucarística», y el Bautismo incluye un *votum* o deseo de la Eucaristía, que actúa en él como fin al que tiende.

d) Ahora bien, si con el Bautismo ya hay una recepción «espiritual», un deseo, de la Eucaristía, ¿qué sucede cuando se recibe «sacramentalmente» el cuerpo del Señor? Es ilustrativa aquí la comparación con el Bautismo de deseo y su recepción sacramental. Lo propio del Bautismo recibido sacramentalmente es la recepción de la *res et sacramentum*, el «carácter bautismal» por el que —en palabras de Santo Tomás— los bautizados se incorporan a Cristo *corporaliter*<sup>22</sup>. Por el *votum* bautismal de la Eucaristía —su recepción espiritual—, se tiene la *res ultima et effectum unitatis Ecclesiae*. Pero hay algo que no se tiene: la *res et sacramentum*, es decir, la presencia real-sustancial del cuerpo del Señor. Quienes se unen a Él sólo por el deseo (implícito), no tienen su corporalidad eucarística, y por ello, tienen todavía un modo imperfecto de ser asumidos por El. La incorporación «más plena» al Cuerpo de Cristo se debe a la presencia real de Cristo en ella. Si la Eucaristía causa el Cuerpo Místico de Cristo consumado es porque contiene el cuerpo real sustancial de Cristo. El Bautismo adelanta este efecto pero como deseo o *votum* de esta corporalidad eucarística real-sustancial: esta manducación (y su deseo) es la que realiza formalmente la incorporación a Cristo. La recepción sacramental de la Eucaristía perfecciona la incorporación y unidad eclesial ya existente, por su deseo, en el Bautismo<sup>23</sup>.

## II. EUCARISTÍA, UNIDAD DE LA IGLESIA Y ECUMENISMO

Lo expuesto hasta aquí permite comprender por qué la Eucaristía es el *sacramentum unitatis Ecclesiae*, es decir, la Eucaristía significa y produce la unidad con Cristo y, por tanto, la unidad de su Cuerpo Místico, la Iglesia. La tradición teológica lo ha resumido diciendo que la unidad de la Iglesia es el *efecto* último de la Eucaristía (*res tantum*). Estamos ante una afirmación universal, enraizada en el Nuevo Testamento, recogida por los Padres, y reiterada por el magisterio de la Iglesia, hasta llegar al Concilio Vaticano II<sup>24</sup>. En este Concilio

22. «En cierto sentido, se incorporan a Cristo corporalmente» (3, q. 69, a. 5, ad 1).

23. La manducación sacramental es crecimiento, perfección, de lo que el cristiano ya es por el Bautismo, consumación de su incorporación a Cristo y a la Iglesia: «no es inútil la comunión sacramental del Cuerpo de Cristo, pues se asimila más plenamente (*plenius*) el efecto de este sacramento al recibir el sacramento que cuando es sólo con el deseo, lo mismo que sucede con el Bautismo» (3 q. 80 a 1. ad 3).

24. Dos textos entre otros: «Por el sacramento del pan eucarístico se representa (*repraesentatur*) y se realiza (*efficitur*) la unidad de los fieles, que constituyen en Cristo

aparecen de nuevo las fórmulas tradicionales: por la Eucaristía *repraesentatur, significatur, efficitur* la unidad de la Iglesia. Por citar un ejemplo, baste el Decr. *Unitatis redintegratio* cuando dice que Cristo instituyó en su Iglesia el admirable sacramento de la Eucaristía, «por el cual *unitas Ecclesiae et significatur et efficitur*» (n. 2). Ahora se trata de ver el modo en que la Eucaristía significa y causa la unidad de la Iglesia.

### 1. *La Eucaristía significa y causa la unidad de la Iglesia*

Podemos partir de la fórmula citada al comienzo de estas páginas: «la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía».

a) «La Eucaristía hace la Iglesia». La razón de la fuerza unitiva de la Eucaristía es la presencia real-sustancial de Cristo. La realidad del Cuerpo del Señor es lo que une a los fieles en la celebración eucarística. Si el signo eucarístico (*sacramentum tantum*) causa la unidad del Cuerpo místico de Cristo (*res sacramenti*) es porque su contenido (*res et sacramentum*) la significa y realiza: la presencia de Cristo hace que la Eucaristía sea el Sacrificio de la Cruz y que la comunión con él sea comunión con Cristo y los demás. El signo es «eficaz»; causa lo que significa porque en él se da la *veritas sacramenti*. La presencia real-sustancial, el Cuerpo eucarístico del Señor, posibilita su Cuerpo místico, la Iglesia.

b) Pero es «la Iglesia la que hace la Eucaristía». La Iglesia celebra el Sacrificio del Altar y los cristianos reciben a Cristo eucarístico, y con Él el don máximo de unidad que es el efecto formal de la Eucaristía. La Eucaristía no «crea» la Iglesia y su unidad, sino que la «perfecciona». Existe, pues, una unidad previa que es perfeccionada por la Eucaristía. Esta unidad primera es la unidad radical que causa la fe y el Bautismo, y también la unidad que confiere a la Iglesia el sacerdocio ministerial. La Eucaristía consume esta unidad previa. Dicho de otro modo: hay que formar *una sola Ecclesia* en la fe, el Bautismo y la estructura fundamental que procede de la voluntad de Cristo. Sólo entonces la celebración eucarística es celebración de la «comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada» (cfr. Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11): Cristo, Cabeza,

---

un único Cuerpo» (LG 3). «Alimentados con el Cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada, manifiestan de modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, que por este augustísimo sacramento *apte significatur et mirabiliter efficitur*» (LG 11). Para una documentación bíblica, patrística, magisterial y de la tradición teológica, vid. P. RODRÍGUEZ, cit en nota 14; P. A. RUANO DE LA HAZA, *La Eucaristía, sacramento del Cuerpo Místico*, en «Augustinus» 37 (1992) 371-387.

actuando por su Espíritu y representado por el ministerio de sucesión apostólica, y todos unidos a Él, ofrece el Sacrificio de la Misa; acción de Cristo y del Pueblo de Dios jerárquicamente ordenado.

Analizando más de cerca estos elementos y exigencias de la *una Ecclesia*, cabe decir:

1º La unidad que confiere el Bautismo presupone, hemos dicho, la unidad de la fe. Fe y Bautismo se implican, de manera que la Iglesia está unida radicalmente por la unidad de la misma fe y el mismo Bautismo<sup>25</sup>. Lo cual significa que quienes *manifestan* una fe distinta de la fe católica no tienen acceso al Bautismo (católico)<sup>26</sup>. Esta previa *unitas fidei* bautismal es la condición *objetiva* para la *recta* celebración (no la válida) de la Eucaristía<sup>27</sup>. La separación en la fe impide la comunión eucarística a quien no profesa la fe católica<sup>28</sup>. No se trata de un mero requisito jurídico o disciplinar. Esto es así porque los sacramentos, y especialmente la Eucaristía, son *sacramenta fidei, protestationes fidei*, celebraciones de la fe personal (*fides qua*) pero, sobre todo, celebración en que se pone en acto lo objetivamente creído (*fides quae*): aquello que, al celebrar, se significa y causa, es una realidad en la que la Iglesia cree de manera objetiva y, en consecuencia, esta fe ha de ser compartida por quienes la celebran. Sería contradictorio celebrar en otras condiciones el sacramento de la unidad.

2º Dando un paso más, hay que añadir que esa unidad necesaria en la fe para la recta celebración de la Eucaristía no implica sólo la fe en la presencia real-sustancial de Cristo. Comunión eucarística y comunión en la verdad coinciden. Confesar la fe en la presencia real-sustancial reclama confesar también toda la verdad acerca de Cristo. Esta fe eucarística supone implícitamente la aceptación e integración total en la Iglesia visible tal como Cristo la ha consti-

25. «Unitas Ecclesiae est praecipue propter fidei unitatem, nam Ecclesia nihil aliud est quam aggregatio fidelium» (Santo Tomás de Aquino, *Exp. Primae Decretalis*, II).

26. En realidad, no hay un Bautismo «católico» distinto de un Bautismo, por ej., «protestante», sino que ambos son Bautismo «cristiano». Con todo, «un enfant baptisé par un ministre protestant est quand même, à certains égards, baptisé protestant... la reconnaissance de son baptême engage la reconnaissance d'une certaine ecclésialité de la Communion dans laquelle le baptême est conférée par un ministre ordonné et en vue de l'entrée dans une communauté chrétienne», lo cual plantea la existencia de una fe bautismal necesaria y suficiente para que sea el Bautismo «cristiano» (cfr. Y. CONGAR, *Unis...*, cit. en nota 16, 256).

27. No para la válida, siempre que celebre un verdadero sacerdote.

28. «Llamamos a este alimento *Eucaristía* y nadie puede tomar parte en él si no cree en la verdad de lo que se enseña entre nosotros, si no ha recibido el baño para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento, y si no vive según los preceptos de Cristo» (S. JUSTINO, *Apol.* 1, 66,1-2).

tuido. La participación en la Eucaristía es una proclamación pública de esta integración en la única Iglesia y, por tanto, de la fe completa<sup>29</sup>.

3º Es la Iglesia unida en el Bautismo y en la misma fe la que celebra la Eucaristía. Sólo entonces la Eucaristía significa esa unidad y la perfecciona: realiza la *res ultima* de la Eucaristía: (en terminología de santo Tomás de Aquino) el *corpus mysticum*, *Corpus Christi mysticum*, *societas sanctorum*, *unitas corporis mystici*, *unitas Ecclesiae*.... El efecto unitivo propio de la Eucaristía es la unión de los fieles a Cristo Cabeza y por ello de los miembros entre sí.

En cierto sentido, tanto Bautismo como Eucaristía pueden ser llamados sacramentos de la unidad de la Iglesia<sup>30</sup>. La unidad dada en el Bautismo y la fe constituye ya la unidad del Cuerpo: «Todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo... todos vosotros sois una sola cosa en Cristo Jesús» (Gal 3,27-28). Hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo (cfr. 1 Cor 12,13). En realidad, el Bautismo introduce en la unidad incoada del Cuerpo, para participar del sacramento de la unidad consumada del Cuerpo que es la Eucaristía.

## 2. *Implicaciones ecuménicas*

El fin del Ecumenismo es «que todos los cristianos se congreguen en una única celebración de la Eucaristía, en la unidad de la una y única Iglesia» (UR 4). Pablo VI gustaba de expresar la aspiración a la unidad visible con la frase «beber en el mismo Cáliz». Esto sucederá cuando la celebración eucarística exprese la unidad visible de todos los cristianos reconciliados en la fe y la comunión eclesial. ¿Qué sucede hasta entonces con los cristianos separados entre sí? ¿pueden celebrar juntos la Eucaristía? ¿existen casos en que se puede recibir *recientemente* la comunión sacramental, a pesar de la separación? ¿qué valor posee la

---

29. «La Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe», dice el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1327, y cita a S. Ireneo: «nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar». La relación entre fe, eucaristía e Iglesia es también compartida por la Ortodoxia: «Sur l'Eucharistie, la position Orthodoxe est ferme: l'Eucharistie, c'est l'Eglise, c'est l'acte où l'Eglise se réalise et s'exprime elle-même au suprême degré, comme plénitude. Mais l'Eglise est tout autant la profession de sa foi. On ne peut admettre aucune distance entre la participation à son Eucharistie et la participation à sa foi» (Y. CONGAR, *Unis...*, cit. en nota 16, p. 254).

30. Aunque santo Tomás reserva esta designación para la Eucaristía, no desconoce el sentido del Bautismo para la unidad. Dice, por ej.: «Por el Bautismo el hombre se hace partícipe de la unidad de la Iglesia, de donde recibe el derecho a acceder a la mesa del Señor», en la que se nos da «el sacramento de la unidad de la Iglesia» (3, q. 67, a 2).

celebración eucarística en las demás Iglesias y comunidades separadas a los ojos de la Iglesia Católica Romana?

a) La *communicatio in re eucharistica*, constituye un caso particular de la *communicatio in sacris* o participación en el culto y sacramentos de otra comunidad cristiana. El Concilio Vaticano II determinó que no es lícito considerar la *communicatio in sacris* como medio que pueda usarse indiscriminadamente para restablecer la unidad de los cristianos. Esta *communicatio* depende sobre todo de dos principios: de la significación de la unidad de la Iglesia y de la participación en los medios de gracia. La significación de la unidad prohíbe de ordinario la *communicatio*; la necesidad de la gracia algunas veces la recomienda (cfr. Decr. *Unitatis redintegratio* n. 8/d)<sup>31</sup>. Es decir, la participación en la Eucaristía tiene límites en cuanto «significa» la unidad; en cambio, en cuanto es «causa» de la gracia puede permitirse. El Decreto remite al ulterior discernimiento de la autoridad competente.

Como es sabido, la disciplina vigente considera de modo diferenciado la situación de las Iglesias ortodoxas y de las Comunidades cristianas surgidas de la Reforma<sup>32</sup>. Esta disciplina pone en práctica los dos principios enunciados en

31. El Decreto sobre las Iglesias orientales en su n. 26 añade: «Está prohibida por la ley divina la *communicatio in sacris* que ofenda a la unidad de la Iglesia, o incluya adhesión formal al error, o bien peligro de error en la fe, de escándalo o de indiferentismo». Cabe *communicatio in sacris* cuando no concurren esas circunstancias.

32. La disciplina vigente del c. 844 del CIC establece lo siguiente. *Para los fieles católicos* c. 844 § 1. El principio general es que los ministros católicos administran lícitamente los sacramentos sólo a los fieles católicos, y estos los reciben lícitamente solo de sus ministros. Aquí coinciden la significación de la unidad y los medios de gracia § 2. Los fieles católicos pueden recibir lícitamente los sacramentos de la penitencia, Eucaristía y unción de ministros no católicos *en cuya comunidad son válidos* esos sacramentos, si: a) hay verdadera necesidad espiritual, b) si no hay peligro de indiferentismo o error, y c) que no sea posible física o moralmente acudir a un ministro católico. «En cuya comunidad son válidos»: sobre el tema de la *validez* dice UR 15 /c en relación con las Iglesias orientales separadas de Roma: «puesto que esas Iglesias, aunque separadas, tienen verdaderos sacramentos y, sobre todo, gracias a la sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía, por los que se unen con nosotros con vínculos estrechísimos, no sólo es posible sino que se aconseja alguna *communicatio in sacris* en circunstancias oportunas y con la aprobación de la autoridad eclesiástica». Esas circunstancias oportunas, para los católicos, son las antes citadas en el mismo c. 844 § 2. En el caso de los cristianos *orientales ortodoxos* el § 3 dice así: «Los ministros católicos administran lícitamente los sacramentos de la penitencia, Eucaristía y unción de los enfermos a los miembros de las Iglesias orientales que no están en comunión plena con la Iglesia católica, si los piden espontáneamente, y están bien dispuestos». La razón es que tienen verdaderos sacramentos y ambos compartimos la misma fe en ellos. En el caso de los demás cristianos dice el § 4: los ministros católicos sólo podrían administrar esos sacramentos lícitamente cuando hay necesidad grave a juicio de la Autoridad; o bien urge peligro de

UR 8/d. En síntesis: 1º un católico puede recibir la Eucaristía de un sacerdote ortodoxo, en determinadas circunstancias (porque se comparte la misma fe eucarística); 2º un cristiano no católico puede recibir la Eucaristía si manifiesta la fe católica en este sacramento: en el caso de los orientales ortodoxos no hay que pedir explícitamente esta manifestación, pues ya se da en virtud de la profesión de fe de sus Iglesias; en cambio, si se trata otro cristiano cuya comunidad profesa una fe eucarística diferente de la católica, entonces es necesaria la manifestación personal de la fe eucarística católica.

La comunión eucarística, por tanto, se concede *ad casum* a cristianos separados (en virtud de la necesidad de la gracia: *sacramenta sunt propter homines*), cuando se comparte la fe eucarística católica: es decir, profesar la presencia real-sustancial y el carácter sacrificial del Misterio eucarístico. Cabe preguntarse si estamos, con estos casos, ante una excepción al principio de que la recta celebración eucarística (y la comunión sacramental) exige la plena profesión de fe y de comunión eclesial. La cuestión es cómo puede «significarse» una unidad completa en la fe que no existe previamente: sólo existe la fe católica en la Eucaristía. ¿Qué sucede con los otros contenidos de la fe católica en que se difiere? ¿no afecta esta carencia a la Eucaristía, que precisamente reclama la unidad plena en la totalidad de la fe?

Sucede que la profesión de la fe eucarística contiene *implícita* la totalidad de la fe católica, que en ese cristiano no católico se haría aceptación explícita si, ayudado por la gracia, advirtiese las implicaciones doctrinales y prácticas del Misterio eucarístico que ya acepta como la Iglesia lo propone y lo celebra. En estos casos la Iglesia considera *anticipada* la plena aceptación de la fe católica en el bautizado no católico que hace profesión de fe eucarística. Esto es así porque *in hoc sacramentum totum mysterium nostrae salutis comprehenditur*<sup>33</sup>: quien profesa plenamente la fe eucarística, manteniendo a la vez una separación en otros aspectos de la fe, está en una situación objetivamente contradictoria que, sin embargo, es equiparable a la situación de ignorancia invencible; por este motivo estima la Iglesia que, en casos de urgencia, se le puede conceder la comunión eucarística, si se dan —como es lógico— la buena fe y recta disposición<sup>34</sup>. En ese caso se alcanza la *res tantum* del sacramento eucarístico: la unidad del Cuerpo de Cristo.

---

muerte y, además: i) no pueden acudir a un ministro de su comunidad y lo piden espontáneamente; ii) han de profesar la fe católica (*fidem catholicam manifestent*) respecto a esos sacramentos (y estén bien dispuestos).

33. 3, q. 79, a. 3.

34. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *cit.* en nota 14, 400-402.

Esto es bien distinto de decir que no es necesaria la plena unidad de fe para la comunión eucarística, o bien que el reconocimiento del Bautismo en la actualidad supone reconocer ya una fe suficiente que permita el acceso a la Eucaristía<sup>35</sup>. Hay que advertir también la diferencia con la llamada «*intercomunión*», o el reconocimiento de sus celebraciones eucarísticas que hacen dos o más Iglesias o comunidades cristianas separadas. Para la comprensión católica (y ortodoxa), la celebración común de la Eucaristía presupone la unidad en la fe y estructura constitutiva de la Iglesia.

b) *La celebración eucarística en las Iglesias Ortodoxas y la Cena de las Comunidades surgidas de la Reforma*. Sería inexacto deducir de lo dicho que la celebración eucarística o de la Cena entre los demás cristianos carece de significado y valor para la comprensión católica. También aquí hay que distinguir, con el Concilio Vaticano II, entre las Iglesias ortodoxas y las demás comunidades cristianas.

Respecto de las primeras, el Decr. *Unitatis redintegratio* afirma que «con la celebración de la Eucaristía del Señor en cada una de estas Iglesias, la Iglesia de Dios se edifica y crece (*Ecclesia Dei aedificatur et crescit*)» (n. 15). Se trata de una afirmación trascendental. Significa que en ellas se hace presente la Iglesia una, santa, católica y apostólica<sup>36</sup>. El motivo estriba en que compartimos la misma fe eucarística (que incluye el ministerio sacerdotal de sucesión apostólica). Ahora bien, es convicción de la Iglesia Católica que toda celebración eucarística reclama *objetivamente* la comunión universal del ministerio episcopal con el sucesor de Pedro, de la que carecen estas Iglesias<sup>37</sup>. Por ello, esas Iglesias particulares tienen una *herida* que afecta a su *esse* eclesial, mientras que para la Iglesia Católica la separación constituye una herida en su *bene esse* —aunque herida, en definitiva— por cuanto afecta a la expresión de su catolicidad histórica<sup>38</sup>.

35. «L'Église es moins engagée dans le baptême que dans la célébration de l'Eucharistie. Celle-ci met en œuvre non seulement sa foi mais la réalité sacramentelle de son ministère. Pour le baptême suffit une foi fondamentale mais, dans les cas exceptionnels d'hospitalité eucharistique, on demande une foi plus explicite portant sur le sacrement (...). On comprend qu'unis dans le baptême on puisse en l'être pas dans l'Eucharistie. Car celle-ci est, par rapport au baptême, consommation et, par rapport au mystère de l'Eglise, plénitude» (Y. CONGAR, *Unis...*, cit. en nota 16, p. 260).

36. «Porque en toda válida celebración de la Eucaristía se hace verdaderamente presente la Iglesia una, santa, católica y apostólica» (C. DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio in notio*, 28-V-1992, n. 17).

37. Cfr. *ibidem*, n. 11. «Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera, o la reclama *objetivamente*, como en el caso de las Iglesias cristianas separadas de Roma» (n. 14).

38. «Esto, de otra parte, comporta también para la Iglesia católica, llamada por el Señor a ser para todos “un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10,16) una herida en cuanto obstáculo para la realización plena de su universalidad en la Historia» (*ibidem*, n. 17).



«Unidad de la Eucaristía y unidad del Episcopado con *Pedro y bajo Pedro* no son raíces independientes de la unidad de la Iglesia, porque Cristo ha instituido la Eucaristía y el Episcopado como realidades esencialmente vinculadas»<sup>39</sup>.

Respecto de las demás Comunidades cristianas y, concretamente, la Cena protestante, el Concilio señala que «las comunidades eclesiales separadas, aunque les falta esa unidad plena con nosotros que dimana del Bautismo y aunque creamos que, sobre todo por la carencia del sacramento del orden, no han conservado la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, sin embargo, mientras conmemoran en la Santa Cena la muerte y la resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su glorioso advenimiento» (Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 22). El texto conciliar contiene, junto a la indicación de la deficiencia, una valoración positiva («aunque les falta..., *sin embargo...*») que se refiere a tres dimensiones de la celebración de la Cena: celebración del memorial de la muerte y resurrección del Señor, comunión con Cristo y espera de su retorno. Por esto, la carencia de la que se habla no impide reconocer, según algunos, una cierta sacramentalidad en la Cena, «grados de densidad» y formas de la presencia de Cristo; o bien habría un *votum* objetivo de la Eucaristía, por el que, a pesar de la deficiencia en el plano del *sacramentum tantum* y de la *res et sacramentum*, podría darse la *res sacramenti* de la Eucaristía<sup>40</sup>. «Supuesta la buena fe y si se dan todas las demás disposiciones, los participantes en esas celebraciones —incapaces de suyo de producir el efecto *ex opere operato*— expresan un *votum Eucharistiae* que les llevaría a conseguir *ex opere operantis* el efecto del sacramento. Pero por muy perfecto que sea el *votum Eucharistiae*, hay siempre una profundidad de la *res* eucarística que *sólo* se obtiene en su recepción sacramental»<sup>41</sup>.

\* \* \*

El Bautismo es el vínculo que une a los cristianos. El Bautismo, sacramento de la fe, dispone para el sacramento de la caridad y de la unidad, la Eucaristía. Por eso, el Bautismo común es una llamada a la integridad de la fe y de la unidad de la Iglesia. Incluye de suyo la tensión —*votum*— hacia la plenitud de fe y de unidad en torno a la Eucaristía: «el Bautismo se ordena a la profesión íntegra de la fe, a la plena incorporación a la economía de la salvación tal como

39. *Ibidem*, n. 14.

40. Cfr. J. M. TILLARD, *Le «votum Eucharistie»: l'Eucharistie dans le rencontre des chrétiens*, en *Miscellanea liturgica in onore del Cardinale Giacomo Lercaro*, Roma 1967, pp. 143-194.

41. P. RODRÍGUEZ, cit. en nota 14, p. 382, nota 209.

Cristo en persona la estableció, y finalmente, a la íntegra incorporación en la comunión eucarística» (Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 22). De esta manera, la meta del Ecumenismo es lograr que la unidad ya incoada por el Bautismo sea consumada cuando el Señor conceda la plena unidad visible en torno al mismo Altar.

José R. Villar  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA